



**Aux origines du retard économique de l'Espagne
XVI^e-XIX^e siècles** (París, Editions du CNRS, 1983, 169 p.)
Ouvrage collectif par J.-P. AMALRIC, B. BENASSAR,
A. BRODER, G. CHASTAGNARET, J.-P. DEDIEU,
L. DOMERGUE, J. PEREZ, E. TEMIME.

Un selecto grupo de historiadores e hispanistas franceses, dirigidos por Bartolomé Bennassar, ha trabajado durante seis años en el marco de una de las formaciones del Centre National de la Recherche Scientifique (GRECO 30) sobre una de las cuestiones medulares de la Historia de España Moderna y Contemporánea: los orígenes del retraso económico. Jordi Nadal, en un conocido libro de 1975, estudió el fracaso de la revolución industrial entre 1814 y 1913. Se trataba ahora de averiguar las raíces de esta situación y, en general, del rezagamiento económico español con anterioridad a 1814. Aunque los siglos XVIII y XIX habrían de ser el ámbito preferente de la indagación, los autores se han remontado en ocasiones al Seiscientos, y aun al Quinientos, siempre que la materia lo requiera, como al considerar las resistencias mentales al proceso. Los resultados de la labor de equipo vienen contenidos en este volumen, que se articula en tres partes bien diferenciadas (la agricultura setecentista, los avatares del capital decimonónico y las aludidas actitudes mentales) epilogadas por unas sugerentes páginas de Joseph Pérez.

La primera parte, a cargo de Jean-Pierre Amalric, muy extensa (50 p.), se esfuerza en dilucidar si el impulso agrícola fue capaz de engendrar una acumulación capitalista susceptible de alentar el desarrollo industrial en las *Españas* del siglo XVIII. Conscientemente deja de lado el sistema agrario vascoasturiano, las huertas mediterráneas (valencianas, murcianas, granadinas) y el excepcional caso catalán —exhaustivamente analizado por Pierre Vilar— para centrarse en el policultivo intensivo de Galicia y en el monocultivo cerealista del secano de Castilla a mediados del Setecientos.

Para el ámbito noroccidental de la Península el profesor de Toulouse utiliza inteligentemente las aportaciones de los historiadores galaicos (Rodríguez Ferreiro, Barreiro y sobre todo el indispensable Pérez García), supliendo con un cartesiano sentido de la síntesis la dispersión analítica congénita en aquellos. De esta manera resume los datos fundamentales (fragmentación del medio natural, diseminación del hábitat, el minifundio, la revolución de los cultivos —sobre todo el maíz— y de la rotación, el incremento de los rendimientos, el estancamiento de la renta presidida por el "foro") y concluye señalando que las transformaciones esenciales se produjeron entre 1650 y 1750, cuando Galicia llegó a ser una de las regiones más evolucionadas agrícolaemente. No obstante, el empuje demográfico ultrapasó al producto agrario, imponiendo —antes de acabar la centuria— la parcelación de tierras, la producción de subsistencia e incluso la emigración. Todo lo cual preludiaba la crisis del campo gallego en el XIX.

Para el objeto preferencial del análisis de Amalric es el secano de la España interior, cuya trascendencia en la agricultura peninsular es obvia. Con base a la bibliografía especializada y a sus propias investigaciones (sobre todo el Catastro de

Ensenada), examina con rigor y minuciosidad los factores unitarios (el clima, el utillaje tradicional) y diversificantes, la génesis histórica del hábitat, el reparto del espacio agrario, las rotaciones, los rendimientos, la elasticidad del sistema cerealístico, la diversificación de cultivos y las disparidades en el reparto de la propiedad (campesina, comunitaria, privilegiada). El balance final indica que la agricultura mesetaria, pese a todos los elementos estructurales negativos, producía –a mediados del XVIII– una renta, en absoluto desdeñable, susceptible de transformarse en capital, cuyo primer beneficiario fue la Iglesia, seguida de la aristocracia e incluso de una parte minoritaria del campesinado.

Pero ¿fue ello suficiente –o lo fueron los capitales amasados con el comercio colonial en Andalucía– para lanzar una actividad industrial en la centuria siguiente? La segunda parte estudia los problemas de capital y crecimiento en la España del siglo XIX, desde un ángulo general (Albert Broder, Gérard Chastagneret y Emile Témime en un capítulo conjunto) y desde la óptica de la Real Compañía Asturiana de Minas (Chastagneret). Los citados historiadores pasan revista a los factores internos del desarrollo (no sólo el capital, sino las insuficiencias técnicas, los obstáculos jurídicos, los frenos monetarios y presupuestarios) que justificarán la intervención del dinero extranjero. Sin embargo estas inversiones del exterior, volcadas preferentemente hacia la infraestructura, serán incapaces de crear un proceso de crecimiento acumulativo. El caso de la Asturiana de Minas demuestra las reticencias e inhibición de los capitales autóctonos ante el reto industrial y el peso específico de las inversiones extranjeras en este sector minero-metalúrgico, que evoluciona desde la hulla a los materiales no ferrosos, como el cinc y el plomo.

La tercera parte, una de las más interesantes e innovadoras – de la obra, se ocupa de las actitudes mentales que coadyuvaron al retraso económico de España: el nivel de alfabetización, el impacto del libro¹ y la apreciación del trabajo (B. Bannasar); la censura como freno a las ideas ilustradas (L. Domergue); y la posible responsabilidad de la Inquisición en el proceso (J.-P. Dedieu).

Para despejar la incógnita de si los españoles accedieron al bagaje cultural necesario para asimilar los cambios económicos de la Europa Occidental Bannasar plantea, en primer lugar, el problema de la alfabetización a partir de fuentes judiciales (procesos inquisitoriales de Toledo entre 1540 y 1817 y procesos contra miembros del Santo Oficio intentados por el Tribunal de Córdoba desde 1592 y 1623), fiscales (donativos de 1590, 1603, 1624 y 1635 en algunas zonas de Castilla la

Vieja y de la Baja Andalucía) y notariales. Los resultados, provisionales, indican que el nivel de alfabetización de las capas urbanas de Castilla y Andalucía era similar al de Francia e Inglaterra a fines del XVI y primera mitad del Seiscientos, y que progresó indefectiblemente entre 1750 y 1800. ¿Cómo se explica, entonces, el analfabetismo masivo de la segunda mitad del XIX? Para el gran historiador francés la respuesta estriba en las desamortizaciones de Mendizábal y de Madoz, que desmantelaron el aparato de la enseñanza elemental de los municipios (y secundariamente de la Iglesia) al privarles de sus rentas y no ofrecer soluciones de recambio. Y así, paradójicamente, las reformas de cuña liberal y "progresista" conducirían al caos desalfabetizador, coincidiendo con las tentativas frustradas de la revolución industrial después de 1840.

La importancia del libro como vehículo de las nuevas ideas, descubrimientos científicos y novedades técnicas, así como su impacto social, constituye un atractivo campo de investigación, factible mediante el manejo de tres tipos de fuentes: los fondos coetáneos de las bibliotecas españolas, las cuentas e inventarios de librerías y los inventarios de bibliotecas privadas. Es éste un ámbito donde queda todavía una tarea ingente por realizar, pese a las contribuciones de J. Moll, Ch. Péligry, F. López, el propio Bannasar y Ph. Berger. El exhaustivo estudio de este último sobre los registros notariales de Valencia entre 1474 y 1560 evidencia una sociedad culturalmente desarrollada, que sería peligroso generalizar. Por último, la tópica reticencia hispánica frente al trabajo requiere una serie de averiguaciones: número de días laborales, horas de trabajo por día (como las 10 de invierno y las 11 de verano detectadas por González Enciso en la fábrica dieciochesca de Guadalajara), opiniones al respecto y evolución de las remuneraciones.

Aunque la contribución de Lucienne Domergue viene presentada como el análisis de la censura sobre los libros que defendían los valores de la sociedad industrial –cuestión por demás interesante– se reduce, de hecho, a una síntesis de sus conocidas investigaciones sobre la censura durante la segunda mitad del XVIII. Registra, por tanto la actuación de Curriel, Campomanes, Floridablanca, Godoy, Caballero y Melón, y señala las oscilaciones censoriales, radicalizadas tras los motines de 1766 y sobre todo a partir del estallido revolucionario de 1789.

Jean-Pierre Dedieu, excelente conocedor de la problemática inquisitorial, replantea el viejo tema del papel jugado por el Santo Oficio en el rezagamiento económico de España, mediante tres órdenes de actuación: el aislamiento del exterior, la represión en el interior y la formación de una mentalidad contraria al progreso material. ¿Hasta qué punto fue responsable de haber apartado al país de las grandes corrientes económicas de Europa? Aparentemente impidiendo la llegada de ex-

1. Bannasar, consciente de la trascendencia de estas cuestiones, organizó un coloquio en Toulouse (diciembre de 1982) sobre *Instruction, lecture, écriture en Espagne (XVI-me-XIX-me siècles)*, cuyas comunicaciones se encuentran en prensa y del que *di noticia* en el n.º 3/4 de *Armas*.

tranjeros y de libros portadores de ideas dinámicas y renovadoras. Pero la permisividad con los **marranos** portugueses hasta 1645 y la tolerancia con los comerciantes protestantes desde fines del XVI, redobladas en el Setecientos, demuestra que no constituyó un obstáculo suficiente. E idéntica ambigüedad registró su actividad respecto a las publicaciones europeas del XVIII, entre otras cosas por la ineficacia-de la censura que señaló Deforneaux. De fronteras adentro el Santo Oficio no persiguió de forma sistemática los comportamientos económicos estimulantes, aunque contribuyó a reducir (a fines del siglo XV y de nuevo en el Seiscientos) una cultura Judeo-conversa impregnada de proyecciones financieras y comerciales. Tampoco provocó el nacimiento ni el desarrollo de la **pureza de sangre**, si bien amplificó esta obsesión nacional.

Creó, entonces, los rasgos específicos de una mentalidad desfavorable al desarrollo económico? Los objetivos de la Institución fueron cambiantes y polimorfos durante tres siglos: judaísmo, erasmismo, "luteranismo" e islamismo, desviaciones sexuales y divergencias políticas (desde las "alteraciones" de Aragón a los procesos del XVIII). Se mostró harto sensible ante cualquier amago de reducir la preeminencia social de la Iglesia y sus privilegios, lo que explica la repulsa a las actitudes socio-económicas y científicas de las Luces. La penetración -y aceptación- del Santo Oficio fue desigual en las diversas regiones del país; declinó indefectiblemente desde 1730; y fue atacado por influyentes ilustrados (Aranda, Campomanes, Jovellanos), transformándose en el símbolo de la España nacionalista y católica cuando las Cortes de Cádiz. En definitiva -concluye Dedieu- la Inquisición contribuyó a crear las condiciones mentales que dificultaron el despegue económico del XIX; pero otras instancias tuvieron mayor incidencia que ella en este proceso, donde su actuación fue con frecuencia de "caja de resonancia" de actitudes e ideas ajenas.

Unas enjundiosas reflexiones de Joseph Perez sobre España y la modernidad clausuran brillantemente el volumen. Tras acotar este concepto y señalar sus caracteres básicos, se pregunta si nuestro país participó o no de los fenómenos clave (humanismo y Reforma, estado moderno, capitalismo) que conformaron la modernidad europea durante los siglos XVI y XVII y que darían origen al mundo contemporáneo. La fidelidad hispánica al catolicismo resulta -pese a las disidencias minoritarias- incontrovertible; pero ello no implicó la renuncia al espíritu crítico, ni éste fue patrimonio exclusivo del humanismo, ni esta corriente se puede reducir sólo a su facies erasmista o erasmizante. Casos como el de Melchor Cano evidencian la asimilación de las aportaciones humanistas de los escolásticos, mientras que el cuño intelectualista del tomismo (forma esencial del neoescolasticismo hispano) encaja en la tendencia general a la racionalización, visceralmente adversa por tanto a cualquier misticismo iluminista, como el de

Carranza. En cuanto al estado, España, lejos de rezagarse, parece ir en vanguardia: burocratización precoz con los Reyes Católicos, Fernando mismo como prototipo del estadista moderno, secularización del pensamiento político e intervencionismo polivalente por medio del Santo Oficio, instrumento al servicio del estado y por él creado. Incluso en el ámbito de las transformaciones económicas y sociales del Quinientos, la situación determinada por el "cortocircuito de la modernidad" (Sánchez Albornoz) debe ser matizada: desde la valoración de ciertos teólogos "primitivos de la economía" que ha señalado Pierre Vilar a la mundialización de la economía europea a partir de España hasta 1645, pasando por la desmitificación de nuestra exclusividad en el ennoblecimiento de la burguesía, fenómeno general de la Europa del Renacimiento, que no contempló el triunfo del burgués sino la consolidación de las jerarquías tradicionales (Delumeau). En consecuencia la España del siglo XVI no fue tan diferente del resto de Europa como se ha dicho.

¿Lo fue así, en efecto? Los amagos críticos y la cargazón intelectualista del neoescolasticismo 'impidieron' acaso la uniformización ideológica contrarreformista y sus nefastas consecuencias, apreciables ya en el último tercio del Quinientos, empezando por la desconexión científica y cultural con Europa? Los elementos modernos de la configuración del estado 'afectaron' a la médula constitucional, anclada en el "federalismo" aragonés -de raíz medieval- y disonante con la uniformidad estructural de las monarquías avanzadas del Renacimiento? Los argumentos apuntados en el ámbito socio-económico ¿invalidan la ausencia de nuestro país en el sendero "precapitalista" emprendido por otros países de Occidente? Estos y otros interrogantes, surgidos al hilo de la exposición de Pérez, llevarían a una larga discusión.

En todo caso lo que interesa al eximio historiador francés es subrayar que todas aquellas manifestaciones, más o menos esperanzadoras, no tuvieron su corolario en el siglo XVII cuando lo "moderno" aparece en Europa de manera incontable con el racionalismo y el nacimiento de la ciencia moderna, ahormada por el método experimental y el lenguaje matemático. He aquí la verdadera y radical ruptura con el pasado: la nueva ciencia, edificada entre 1610 y los Principia newtonianos de 1687, que implicará la secularización del pensamiento, la idea de progreso indefinido y el desarrollo de las técnicas que permitirán la industrialización. España, desconectada del proceso, apenas contribuyó a la implantación de estos valores, debiendo sus mejores hombres intentar remontar el retraso respecto a Europa mediante una modernización forzada, bajo la fórmula setecentista del Despotismo Ilustrado. Los islotes de "modernidad", anegados por una sociedad fuertemente tradicional, no son sino excepciones que confirman la regla general. La teoría de **las dos Españas** -y, menos

æ todavía, el voluntarismo de privilegiar la otra España (abierta, progresista, impregnada de las nuevas ideas)– no invalida nuestra ausencia en la gran aventura de la modernidad.

Aux origines du retard économique de l'Espagne es sin duda un libro denso, sugerente, propicio a la reflexión e importante, aunque no definitivo. Quizá el objetivo propuesto era demasiado ambicioso. Como suele acaecer en las obras colectivas, la diversidad de autores, que se ocupan de cuestiones de muy distinta envergadura, propicia la multiplicidad de enfoques en detrimento de la coherencia interna, que Bartolomé Bennassar se esfuerza en aglutinar mediante una Introducción tan inteligente como hábil. Aun sin agotar la temática abordada, este volumen significa una aportación de primer orden –cuyos contenidos merecen ser discutidos, matizados, aceptados o rechazados, pero no ignorados– para el esclarecimiento de un haz de problemas caudales en torno a la cuestión nada intrascendente, del rezagamiento económico de España entre los siglos XVI y XIX.

Sebastián García Martínez